

EDITORIAL

«Nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad»¹.

Con estas palabras se inicia la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* sobre las universidades católicas, publicada hace 25 años por el Papa San Juan Pablo II. La afirmación de la “magna carta”² acerca del origen eclesial de la universidad católica se amplía, fiel a la realidad histórica, a la institución universitaria como tal, pues la universidad aparece históricamente en el contexto del mundo cristiano occidental.

¿Por qué la Universidad nace precisamente en ese contexto? La pregunta nos apremia más aún cuando explicitamos que ese “corazón” del que nace la institución universitaria es en realidad el Corazón de Cristo, pues no es otro el corazón del cuerpo que es la Iglesia. La *Universitas magistrorum et scholarium* nace de esa catolicidad que nos acomuna en torno a Jesucristo, que nos abre el misterio de Dios, de la persona humana y de toda la creación. Por eso, desde sus inicios, «la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios», y como indica la Constitución «se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad

1. Juan Pablo II, *Ex corde Ecclesiae*, 1 (de ahora en adelante «ECE»).

2. ECE, 8.

suprema, que es Dios». Si esta peculiar institución apareció en la historia, es porque la pasión por trabajar «sin temor alguno, antes bien con entusiasmo [...] en todos los campos del saber» cobra particular fuerza por la conciencia «de ser precedida por Aquel que es “Camino, Verdad y Vida”³»⁴.

Ahora bien, como indicaba lúcidamente Henri de Lubac, al “primer anuncio” de la verdad de Jesucristo, «la humanidad quedó sobrecogida por la esperanza» y se «sentía liberada [...] ante sus propios ojos de la esclavitud ontológica que hacía pesar sobre él el Destino»⁵. El teólogo jesuita nos dice, sin embargo, que si miramos al mundo de hoy, «haremos un descubrimiento extraño. He ahí que esta idea cristiana del hombre, que había sido recibida como una liberación, comienza a sentirse como un yugo»⁶. Este trastocamiento, que De Lubac designa un «trágico equívoco»⁷ no deja de afectar profundamente la realidad de la universidad, e incluso el mundo de las universidades católicas. Por eso, a 25 años de la aparición de la *Ex corde Ecclesiae*, debemos preguntarnos una vez más: ¿por qué la vinculación con Jesucristo es fuente de libertad en la búsqueda apasionada por la verdad?

Ese “corazón” del que nace la institución universitaria es en realidad el Corazón de Cristo, pues no es otro el corazón del cuerpo que es la Iglesia.

Para responder a esa pregunta empecemos por plantearnos otra. El Papa Francisco ha recordado el indispensable servicio que la Universidad presta a la sociedad: está llamada a ser lugar de discernimiento para leer la realidad, lugar en el que se elabora la cultura de la proximidad y lugar de formación en la solidaridad⁸. Ahora bien, ¿cómo ofrecer ese servicio de discernimiento que da fundamento a la solidaridad en un tiempo como el nuestro en

3. Jn 14,6.

4. ECE, 4.

5. Henri de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, EPESA, Madrid 1967, pp. 20-21.

6. Allí mismo, pp. 22-23.

7. Allí mismo, p. 17.

8. Véase Francisco, *Encuentro con el mundo de la cultura. Discurso en el Aula Magna de la Pontificia Facultad de Teología de Cerdeña*, domingo 22 de septiembre de 2013.

que uno de los rasgos de la vida universitaria es la dispersión del conocimiento? Es innegable la enorme apertura que la universidad ha experimentado históricamente con respecto a las distintas dimensiones del saber. La proliferación de carreras universitarias y especializaciones es testigo de ello. Esta multiplicidad se torna, sin embargo, muchas veces fragmentación y disgregación, poniendo en riesgo el dinamismo unificante indispensable para que la universidad pueda servir como vínculo de proximidad y solidaridad.

La constatación de ese riesgo es una invitación a volver sobre las raíces de la identidad de la universidad. En el siglo XIII, Alfonso X, El Sabio, definía la universidad en sus albores como el «ayuntamiento de maestros y escolares, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes»⁹.

El “ayuntamiento”, la unidad, el reunirse solidariamente maestros y escolares, es un dinamismo que está en los orígenes de la universidad, y cualquier capacidad de fundar una dinámica de solidaridad y servicio en el mundo proviene de esa comunión fundamental. La dinámica unitiva se nutre a su vez de la misión de la universidad, esto es, de la «voluntad y entendimiento de aprender los saberes». En palabras de la Constitución de Juan Pablo II: «La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad»¹⁰, de dar expresión a la exigencia del espíritu humano de no «consentir en ponerse al servicio de ninguna otra cosa que no sea la búsqueda de la verdad»¹¹.

Esto plantea otra pregunta a la universidad: ¿sigue siendo la búsqueda de la verdad su principal razón de ser? Son iluminadoras las palabras de Benedicto XVI en su discurso preparado para el encuentro en la universidad La Sapienza en Roma. Según él, el peligro actual es que la universidad «se rinda ante la cuestión de la verdad», con lo cual «la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último»¹².

Si la Universidad ha de cumplir su misión solidaria basada en la unidad y abierta a la universalidad, no puede rendirse en la búsqueda de la verdad. Debe sostener, ante las muchas presiones económicas,

9. Alfonso X, El Sabio, Siete Partidas, Real Academia de la Historia, Madrid 1807, tomo II, partida segunda, título 31, ley 1.

10. ECE, 21.

11. ECE, 46.

12. Benedicto XVI, *Discurso preparado para el encuentro con la universidad de Roma La Sapienza*, 17 de enero de 2008.

políticas, culturales, incluso las que provienen de la organización académica, la libertad y la valentía para la verdad.

Esta multiplicidad se torna, sin embargo, muchas veces fragmentación y disgregación, poniendo en riesgo el dinamismo unificante indispensable para que la universidad pueda servir como vínculo de proximidad y solidaridad.

Volvemos con ello a la pregunta inicial: el hecho de que la universidad haya nacido en una cultura cristiana, ¿tiene algo que ver con esa libertad que encontró expresión en la universidad? Según la *Ex corde Ecclesiae*, la «tarea privilegiada» de la universidad católica es la de «unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad»¹³. Esa certeza, que ha alentado y animado desde siempre en occidente la empresa de la búsqueda de la verdad, proviene del conocimiento del misterio de Dios, revelado en el Hijo. No es casualidad que haya sido una cultura que tenía a Jesucristo en su corazón la que dio nacimiento a una institución sostenida, en palabras de Edith Stein, por la «convicción de que en todo lo que existe reina un λόγος, y que es posible a nuestro entendimiento avanzar gradualmente y siempre de nuevo descubrir algo de este λόγος, si se procede de acuerdo al principio de la más rigurosa honestidad intelectual»¹⁴.

Por eso las universidades católicas están llamadas a dar un aporte fundamental en el mundo de hoy, porque han recibido la luz de la Verdad del Λόγος y, en palabras del Papa Benedicto XVI, «si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde

13. Juan Pablo II, *Discurso al Instituto de París*, 1-VI-1980, en *ECE*, 1.

14. Edith Stein, *Husserls Phänomenologie und die Philosophie des hl. Thomas von Aquino* (1929), en *Gesamtausgabe*, vol. 9, Herder, 2014, p. 121. La traducción es nuestra.

la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña. [...] Si quiere solo construirse a sí misma sobre la base del círculo de sus propias argumentaciones y de lo que en el momento la convence, y, preocupada por su laicidad, se aleja de las raíces de las que vive, entonces ya no se hace más razonable y más pura, sino que se descompone y se fragmenta»¹⁵. Se hace así, además, incapaz de dar un fundamento sólido a la solidaridad y a una cultura en la que prime el vínculo común de humanidad por encima de las divisiones y los muros que construyen los hombres.

Si la Universidad ha de cumplir su misión solidaria basada en la unidad y abierta a la universalidad, no puede rendirse en la búsqueda de la verdad. Debe sostener, ante las muchas presiones económicas, políticas, culturales, incluso las que provienen de la organización académica, la libertad y la valentía para la verdad.

La universidad católica, en efecto, nacida en el Corazón de la Iglesia, experta en humanidad, y alentada en la pasión por la verdad por el conocimiento de quien es Camino, Verdad y Vida, ha de ser modelo de cómo «poniendo en el centro a la persona y valorando el diálogo y las relaciones interpersonales se puede superar la fragmentación», como ha dicho el Papa Benedicto. Así realiza su misión y su esencia, dado que «toda universidad tiene por naturaleza una vocación comunitaria, pues es precisamente una *universitas*, una comunidad de profesores y alumnos comprometidos en la búsqueda de la verdad y en la adquisición de competencias culturales y profesionales superiores. La centralidad de la persona y la dimensión comunitaria son dos polos igualmente esenciales para un enfoque correcto de la *universitas studiorum*»¹⁶. Esa capacidad de no perder de vista el centro que es

15. Benedicto XVI, *Discurso preparado para el encuentro con la universidad de Roma - La Sapienza*, visita cancelada el 15 de enero de 2008.

16. Benedicto XVI, *Discurso al mundo de la cultura en la Universidad Pavía*, domingo 22 de abril de 2007.

cada persona humana y la consiguiente dimensión solidaria es la que la universidad, fundada en la búsqueda de la verdad, debe proyectar al mundo.

Confiamos en que este número de nuestra revista, que estrena un nuevo formato en coincidencia con los 25 años de la *Ex corde Ecclesiae*, sea una contribución para que las universidades católicas renueven su misión de irradiar la Verdad completa al mundo, esa Verdad que une y reconcilia y promueve el auténtico desarrollo de la persona y de la sociedad.